

LAS CAUSAS DEL AISLACIONISMO DE ESPAÑA

La posición de la Península Ibérica y, por lo tanto, de España en la geoestrategia mundial, es de unas características tan especiales que ha dado lugar a que la situación política de la misma adquiriera un aspecto *difícil de entender si sólo se considera el asunto bajo un único punto de vista histórico-político*, pero sin ahondar en las raíces de sus verdaderas causas, que no tienen nada que ver, o muy poco, con la actual política interior española, sino que, por el contrario, sigue una trayectoria casi independiente de la misma, conducida por los carriles invisibles de un destino impuesto por una situación geográfica extraordinaria.

Para comprender, pues, las relaciones históricas internacionales españolas hay que explicar antes esta especial situación de la Península, respecto a Europa, al resto del mundo, y su propia estructura interna; de otra forma se producen tales deformaciones en las imágenes por causa de las aberraciones producidas por la política, que la visión de la realidad se hace turbia e ininteligible.

España y Europa. —Europa es una península de Eurasia; su istmo, poco definido, lo podemos físicamente situar en las cuencas de los grandes ríos: Vístula y Dniester. Al Este de esta divisoria empieza la influencia asiática, más acentuada a medida que se separa de ella. Al Oeste de estos dos ríos, incluyendo Escandinavia, está la verdadera Europa, en donde ha tenido la cuna y desarrollo de lo que conocemos por civilización occidental.

Europa es una llanura ininterrumpida, que viene ya desde los Urales, con un solo centro montañoso de importancia, el sistema alpino, con dos proyecciones, una hacia Italia y otra hacia los Balcanes. Cuenta también con dos ejes fluviales de extraordinaria importancia; ambos

nacen en los Alpes, pero en distintas vertientes; el Rhin es el río del occidente europeo; el Danubio, el de su oriente.

Europa tiene países periféricos, que forman parte integrante de ella misma, pero en los que se ha roto la continuidad geofísica; ni la gran llanura, ni el sistema central alpino, ni sus dos grandes ríos ejes tienen nada que ver con ellos, es decir, son europeos por su proximidad e íntimo contacto, pero no participan de las características geográfico-geológicas de la unidad europea. Por estas razones, siempre han sido considerados como algo extraños, aunque sus historias estén constantemente cruzadas con las de ellos. Estos pueblos son Inglaterra y España. La primera es un conjunto de islas separadas del continente por un mar y un importante canal. La segunda es una península muy amplia, que, aunque unida al macizo europeo por un istmo, en él está situada una ingente cadena montañosa, los Pirineos, que más que unir separan a la península del macizo europeo, de tal forma que España, de hecho, está casi tan separada de Europa como lo está Inglaterra.

El resultado de esta especial situación ha traído consigo que, aunque participes de la cultura común, haya en estos países evolucionado con caracteres propios, produciendo variantes dentro de la unidad del conjunto.

Históricamente, los problemas políticos planteados en cada uno de los ejes, Rhin y Danubio, no han apenas rozado a estos dos países, habiendo intervenido en ellos únicamente cuando se han planteado cuestiones de hegemonía política en el Continente, y en el que fueron ellos los protagonistas.

Refiriéndonos a España concretamente, el casi ningún interés que tienen para ella las luchas y aspiraciones centroeuropeas es la primera causa de su aislamiento. A España los acontecimientos político-militares sucedidos alrededor del Rhin o del Danubio le son indiferentes, excepto por las consecuencias económicas o ideológicas que puedan traer consigo estas luchas. Para que España se vea interesada en estas guerras ha sido preciso que haya poseído una fuerte posición política y militar que le permitiera buscar una posición hegemónica continental, como ocurrió durante las guerras de los Treinta Años, pero cuando no la buscaba es lógico que se desentienda de luchas en las que no tiene objetivos claros que cumplir. Esta falta de interés en las cuestiones

centroeuropeas se ve claramente reflejada en nuestra historia diplomática. Después del Tratado de Utrecht apenas si hemos tenido otras alianzas que los diversos Pactos de Familia y de Aranjuez, y todos ellos no tenían nada que ver con los países europeos, sino que iban dirigidos de forma clara contra Inglaterra, el otro país periférico, que por serlo coincide con nuestros intereses, y, por lo tanto, era rival. Nuestras cuestiones con Francia, excepto cuando le hemos disputado la hegemonía continental, han sido consecuencia de habernos ella querido usar como trampolín de su política antiinglesa, lo prueba el hecho de que después de las Guerras del Imperio, en que Francia e Inglaterra no han luchado. España no ha tenido más guerras exteriores que con otra nación extranjera, los Estados Unidos, debido también, como en el caso de Inglaterra, a coincidencias de intereses no europeos.

Esta indiferencia española por las luchas acaecidas en los últimos dos siglos en los ejes Rhin y Danubio, ha sido la causa principal de que los países centroeuropeos se hayan ido poco a poco desentendiendo de nosotros, sin que por nuestra parte hiciéramos nada por impedirlo.

Francia ha sido la única, como dijimos antes, que trató de mezclarnos en sus luchas, pero como aliados contra los ingleses. Napoleón fué el último que por su afán proselitista de pueblos y necesidad de tropas, hizo que las del marqués de la Romana le acompañaran en sus aventuras europeas.

En el Congreso de Viena, liquidador de las guerras provocadas por la Revolución francesa, España se vió más aislada que jamás lo estuviera antes; desdeñándose su gran participación en la victoria final, su voz no fué oída, no encontró ni un solo amigo; Inglaterra, su aliada hasta entonces, la traicionó en América, y como consecuencia las colonias se perdieron. Los españoles, a partir de entonces, desconfiando de un mundo que no había ni siquiera agradecido sus sacrificios en la lucha con el perturbador continental, se encerró en una hosca desconfianza y su autoaislamiento comenzó a formar parte de su política exterior, desentendiéndose totalmente de los asuntos europeos. Durante todo el siglo XIX este aislamiento fué tomando cuerpo de doctrina en nuestros políticos; no hay más que leer cualquier declaración ministerial de los infinitos que estuvieron en el Poder y observar que ni una sola encierra alusión alguna a nuestras relaciones con el exterior; en todo caso se

habla en ellas de evitar injerencias en nuestra política interior, pero no se citan alianzas, coaliciones ni nada que se le parezca. España era un mundo cerrado, y con nuestras propias luchas intestinas, consecuencia natural del aislamiento, teníamos bastante.

Por otra parte, la actitud de los dos grandes países con los cuales nuestras relaciones históricas, buenas o malas, habían sido más constantes, Inglaterra y Francia, favorecieron esta situación aislacionista española al inaugurar una nueva política respecto a nosotros, debilitarnos lo posible e ignorarnos en sus relaciones internacionales, es decir, en realidad buscando una neutralización de la península, con el fin de excluir del tablero internacional europeo una ficha tan bien situada, evitándose con ello preocupaciones. Con esta forma de proceder, Inglaterra aseguraba de forma indeleble su situación predominante en el estrecho de Gibraltar, base de su política mediterránea, y Francia se encontraba sin rivales en su expansión africana comenzada en Argelia.

Lo mismo que le sucede a un individuo cuando deja de tratar a sus amistades, y al cabo de un cierto tiempo se encuentra sin amigos a quien acudir en caso de apuro, así la política exterior española del siglo XIX, empujada en parte por la actitud de Francia e Inglaterra, hizo que España también poco a poco se quedara sin amigos, y al presentarse ante ella la crisis del año 1898, se encontró sola, aislada, sin un país que le ayudara a salir del mal paso en que estaba inesperadamente metida: por ello y por no estar preparada, sucumbió ante fuerzas mayores.

España tampoco intervino en la primera y segunda Guerra Mundial, no porque desdénase luchar por las democracias, como la propaganda de los aliados quiso decir, pues durante la primera la Constitución de los españoles era de democracia parlamentaria y, a pesar de ello, no quiso intervenir; la razón, lo mismo que en la segunda guerra, fué que España no tenía objetivos en las rivalidades surgidas en los ejes Rhin-Danubio, y enviar a morir a sus hijos en el Marne por la salud de Francia ni en el Elba por el Tercer Reich, no le interesaba, pues su situación periférica la separa históricamente de este género de rivalidades, y el asesinato de Sarajevo y el pasillo de Dantzig no son suficiente razones para hacerla salir de su neutralidad, pues ni pactos anteriores ni promesas de ningún género la comprometían a hacerlo; en cuanto a la actitud hacia ella de Inglaterra y Francia, no eran como para empujar-

la a aliarse a su lado en sus diferencias con Alemania, sin que tuviera nada que ver la situación política interior de España.

A la otra nación periférica, Inglaterra, le interesaron las luchas centroeuropeas por su juego en el equilibrio europeo, con el que ha buscado en los últimos siglos la hegemonía apoyándose en su poder naval, al tratar de hacer inclinar el fiel de la balanza al aliarse con el bloque enemigo del perturbador continental que deseaba romper ese equilibrio a su favor. Por las mismas razones España, en el siglo XVII, también intervino en la lucha, máxime cuando por pertenecer los Países Bajos a su corona tenía entonces objetivos muy precisos que cubrir. Han sido, pues, los destinos de Inglaterra y España paralelos, siempre que esta última haya contado con un poderío político-militar suficiente.

En la actualidad esta especial situación continúa en relación con el Ejército Europeo. En él se trata de efectuar un conglomerado de efectivos de las naciones interesadas en la defensa del eje del Rhin y todo lo que él representa. Somos testigos de la resistencia francesa a aliarse con su antiguo rival alemán por temor a las indudables consecuencias políticas que ha de tener para ella su rearme, al volver a poner de momento a ambas potencias en un pie de igualdad. Los demás pequeños países, aunque interesados tanto o más en el hecho, no cuentan. Es indudable que la creación real del Ejército Europeo tendría enormes consecuencias para la defensa de Europa ante un agresor oriental, y sería un factor importante en el equilibrio mundial.

Los dos países periféricos, Inglaterra y España, están en una situación tal respecto al eje estratégico del Rhin, que su inclusión en el Ejército Europeo no podría tener otro sentido que el político. Bien clara es a este respecto la actitud de Inglaterra al negarse rotundamente a formar parte de él. Las razones que aduce son las de no permitirsele sus obligaciones hacia la Commonwealth, pero las reales son muy otras. Inglaterra no desea jugar a gran potencia continental; lo que le interesa es la creación de un cierto equilibrio entre el Bloque Europeo y las posibles fuerzas rusas en Europa, para, como siempre, poder hacer inclinar la balanza en este teatro según su conveniencia, que no dudamos será hacia el bloque occidental. Pero en tanto que la agresión no se produzca, tendrá las manos libres para ejercer una presión política sobre cualquiera de los dos bandos, siempre que tenga consecuencias económicas favorables para ella.

España tampoco está interesada en ingresar en el famoso Ejército Europeo. En primer lugar, se encontraría con la hostilidad francesa, a la que si la resurrección del Ejército alemán la pone nerviosa, la creación de un fuerte ejército al otro lado de los Pirineos piensa sería volverla a la situación de la época de Carlos V, y antes que llegar a ello preferiría ver a los rusos en el Rhin. En segundo lugar, están sus propias conveniencias, los campos de batalla centroeuropeos no son ningún objetivo nacional, y aunque en una guerra contra un perturbador oriental quizá sea deber de todos el acudir a la lucha, el trato recibido en estos últimos años por los otros pueblos occidentales no invitan al pueblo español a sacar las castañas del fuego a los que trataron de hundirlo en la miseria y la revolución. Por todas estas razones es muy difícil que España pudiera ingresar en tal ejército, pues ni su posición periférica, ni motivos históricos, sentimentales ni políticos se lo aconsejan.

Como acabamos de apuntar, las luchas europeas son muy distintas según que su origen provenga de un perturbador continental o de uno oriental. El primero de ellos siempre ha sido una potencia europea que ha tratado de romper el equilibrio a su favor, pero los métodos empleados por ella en la lucha, por muy revolucionarios que fueran, siempre se atuvieron a las leyes y costumbres occidentales.

El perturbador oriental ha sido siempre asiático de origen y procedimientos; todos los pueblos europeos han tenido el deber, llegado el momento, de alinearse en contra suya, aunque nunca han faltado traidores entre sus filas. La próxima lucha que se barrunta es de este tipo: España puede que tenga un sitio preparado en ella. Debido a su situación periférica, una nueva arma puede revalorizar su posición respecto a las luchas del eje del Rhin; ésta es la aviación de bombardeo estratégico. La Península Ibérica es una base ideal para este tipo de operaciones, y ocupa, con Inglaterra en Europa, una situación destacadísima a este respecto. La política neutralizadora de España, seguida por esta nación y por Francia en sus relaciones internacionales con nosotros, ya no tiene objeto; la siguen por inercia y por prejuicios políticos más fuertes que las realidades. No es lógico en una guerra contra un perturbador oriental prescindir de España; pero, como dijimos, por inercia se sigue con ella una política hostil y de desconocimiento, que a la larga puede serles fatal. Como reacción lógica, nosotros seguimos cerrados en un aislacionismo receloso, por desconfianza en las intenciones de los

otros pueblos dominantes, que una larga práctica nos ha hecho saber que siempre han sido malas cuando de España se ha tratado.

Recelo, por un lado, y deseos de no enterarse de nuestra existencia, por el otro, es lo que caracteriza nuestras relaciones con los países que hoy mandan en el continente europeo.

España y el mundo.—Si la posición periférica española ha sido la causa dominante de nuestro desinterés por las luchas políticas de los ejes Rhin y Danubio, esta misma posición constituye el motivo de nuestro destino atlántico y mundial. La Península Ibérica, junto con Noruega, son los únicos países europeos que no se han visto separados de las rutas oceánicas por el geobloqueo natural inglés. Esta causa puramente geográfica es la que hizo posible nuestra expansión por América, así como nuestra proximidad a África nos permitió participar directamente en la historia de este continente.

Las aspiraciones españolas no son, pues, centroeuropeas; son americanas y africanas, entendiéndonos por ello infinitamente mejor con los pueblos americano y árabe que con la vieja Europa, llena de añejas rivalidades y prejuicios políticos.

España contempla confiadamente y no con recelo nuestras actuales negociaciones con los Estados Unidos por las razones apuntadas. A pesar de tratarse de un pueblo anglosajón y no de su sangre, es americano y basta. Para los españoles, por una tradición de siglos, todo lo americano es bueno, somos capaces de entendernos perfectamente con los países trasatlánticos, nuestra visión histórica es de tipo universal y no encerrada en los mezquinos límites europeos. Así como procuramos no mezclarnos en la política centroeuropea, todos los hechos americanos y africanos nos atraen y nos interesan, porque somos un país con destinos marítimos atlánticos y con gusto nos mezclaríamos en la vida y las aspiraciones americanas, que consideramos como algo nuestro, que nos atañe directamente.

Por estas razones, así como a los españoles nos es difícil participar en las coaliciones europeas que hoy día se dibujan en el continente, por falta de objetivos definidos en el mismo, por dificultades de buenas comunicaciones con los pueblos centroeuropeos y por los prejuicios políticos creados a través de añejas rivalidades históricas, nos será sencillo de comprender y serán populares las directrices de la política internacional que hoy día se siguen: acuerdo unilateral con los Estados Uni-

dos, amistad y colaboración con los pueblos árabes y acercamiento íntimo con las naciones suramericanas, todo ello como consecuencia de los ideales universales y no europeos de los españoles.

En cuanto al laborioso Tratado de alianza militar con Norteamérica que no se acaba de firmar, según la prensa de ese país porque España exige demasiado y ofrece poco, vamos a analizar algunas de las ventajas que puedan obtener ambos países con su puesta en práctica.

Para Norteamérica: De índole estratégica, todas las que se desprenden de la situación periférica de España y las que le brinda su proximidad a África.

Bajo el punto de vista terrestre, España es la mejor base de partida, junto con Inglaterra, para llevar a cabo operaciones de gran estilo sobre el continente europeo. Si el avance oriental hubiera conseguido llegar hasta los Pirineos, constituiría la única base de reacción. Si la contención del avance se hubiera conseguido en uno de los ríos centroeuropeos, la Península Ibérica sería el lugar ideal donde situar las reservas y abastecimientos de toda clase, lejos del bombardeo aéreo enemigo, y con importantes puertos por toda su periferia, adonde podrían llegar con seguridad los envíos y suministros trasatlánticos, para luego ser repartidos con arreglo a las necesidades militares del momento.

Bajo el punto de vista aéreo, España es una base ideal para los bombardeos estratégicos. Todo el centro de Europa está al alcance de los bombarderos medios situados en ella; los bombarderos pesados se pueden adentrar hasta el centro de Rusia y aún más. La supremacía aérea sobre la península puede conseguirse fácilmente por las naciones occidentales que dominan el mar por medio de fáciles aportaciones por vía marítima que mantengan la superestructura y la caza de interceptación necesaria a estos fines.

Esta supremacía aérea local facilitará el convertir a España en una gran base de lanzamientos de armas autopropulsadas tipo V-2, sin temor a reacciones enemigas sobre las rampas de lanzamiento.

Como dijimos antes, la situación periférica española respecto al eje geoestratégico del Rin ha sido revalorizado y vuelto al primer plano militar debido a su admirable posición respecto al bombardeo estratégico, pudiendo Norteamérica, en el caso de una alianza, sacar un partido inestimable de tal posición.

Bajo el punto de vista naval, los Estados Unidos pueden emplear a su favor las ventajas que se desprenden de una situación excepcional. Entre las islas Azores, Maderas, Canarias y la península pasan el 60 o quizá el 70 por 100 de la navegación atlántica, convirtiéndola en una de las zonas focales más importantes de la navegación total. Su control y defensa basada en la península e islas citadas podrían prestar una ayuda de primer orden contra una acción ofensiva submarina enemiga, al cubrir los accesos marítimos del sudoeste europeo con relativa facilidad y con una gran economía de fuerzas aerouavales. En los primeros momentos de una guerra entre Oriente y Occidente, es de temer un colapso en las comunicaciones marítimas entre Europa y América, debido al empleo en masa de los submarinos y a las sorpresas técnicas. En esos momentos el dominio eficaz de estos accesos puede ser definitivo, no ya solamente para la guerra naval, sino para la que desarrolle en los frentes europeos al facilitar la ayuda americana que tiene que llegar a través del mar.

El dominio del estrecho de Gibraltar y todo lo que representa para la estrategia occidental en el Mediterráneo y Norte de Africa, sería otra no pequeña contribución española a la alianza.

De índole política, la alianza con España proporcionaría a los Estados Unidos bases militares independientes de las que le proporcionan los países de la N. A. T. O., especialmente Francia e Inglaterra, lo que le daría una extraordinaria facilidad de movimientos sin la mediatización de sus decisiones de estos dos países, que frenan su política europea todo lo que pueden a pesar de su alianza, debido a competencias económicas y de influencia política principalmente. Tampoco sería de despreciar la acción mediadora con los países árabes, hoy tan distanciados de los occidentales y con tantos puntos de roce con ellos, pudiendo asegurarse que con el único pueblo con que se llevan satisfactoriamente es con el nuestro.

Para España: La alianza norteamericana también tendría para ella indudables ventajas. En primer lugar, está la salida natural de su situación aislacionista. La alianza con los Estados Unidos la mezclaría con los graves problemas del mundo moderno, que si por un lado más vale no saber nada de ellos, es posible que sirviesen de revulsivo a la nación y lograsen poner en marcha parte de sus energías, hoy adormecidas por falta de alicientes exteriores. El contacto activo con la gran vida inter-

nacional de que España está aislada hace más de un siglo, es un hecho de tal importancia para la vida interna del país, que ello solo casi justifica el acuerdo entre los dos países.

En cuanto a las ventajas materiales que nos pudiera reportar la ayuda norteamericana, también sería un capítulo de no poca importancia para nosotros. Nuestra nación está recorriendo una etapa de revolución económica sin precedentes en nuestra historia. La industrialización del país camina a pasos de gigante; el esfuerzo nacional para tratar de recuperar el tiempo perdido es algo admirable; quizá no nos damos cuenta de ello por ser protagonistas y faltarnos perspectiva histórica. Unos cuantos cientos de millones de dólares bien empleados acortarían el plazo de reconstrucción nacional y nos pondrían en pocos años al nivel de los otros pueblos de Europa, que ya recibieron la ayuda, a pesar de haber derramado algunos mucha sangre norteamericana.

La ocasión de poner a punto y de acuerdo con los tiempos que corren a nuestras fuerzas militares de toda clase en la peligrosa época que atravesamos, no es tampoco cosa despreciable, pues todo ello aumentaría notablemente la posibilidad de la nación.

Vemos, pues, que los beneficios mutuos de un acuerdo hispanonorteamericanos justifican suficientemente el interés con que se siguen las negociaciones, beneficio que podemos resumir diciendo que para Estados Unidos le supondría convertirse automáticamente en potencia mediterránea, con todo lo que ello representa en la lucha por la hegemonía mundial; para España significaría más que nada salir de un aislamiento ya más que secular y una vuelta a sus destinos históricos más caros: los americanos y los africanos.

La estructura interna de España.—Otra de las causas que ha influido de forma considerable en los avatares históricos españoles es la especialísima constitución geográfica de la Península Ibérica. Esta, considerada en sí misma debido a su aislamiento europeo, a su gran extensión, a la compartimentación que le prestan su orografía, a la variedad de sus climas y producciones, a la confinación secular de sus habitantes en regiones difícilmente comunicables con sus vecinos, ha tenido por consecuencia producir un mosaico de pueblos diferentes de tal naturaleza

que podemos comparar a la península como un pequeño continente, con todas sus ventajas e inconvenientes. Esta pequeña continentalidad de España ha constituido otra de las causas de nuestro aislamiento; a la península le han bastado durante largos períodos sus propios acontecimientos interiores para hacer su propia historia, es decir, que España es de los pocos países, quizá el único en Europa, semejante a China y a los Estados Unidos, aunque en escala menor, que puede encerrarse en su concha y vivir de sí mismo durante siglos, sin que el país degenera por ello o lo haga muy poco a poco.

Por otra parte, la formación de la nacionalidad española bajo la égida de un pueblo tan continental como Castilla, que consiguió plasmar a su alrededor a los otros pueblos peninsulares, tales como los vascos, catalanes y andaluces, con ideales marítimos acusados, hizo que se produjera al principio de la Era Moderna un fenómeno análogo al sucedido en la Era Actual al formarse Alemania con Prusia como centro: el que se diera a la nación una dirección política de tipo continental, en unos momentos en que los destinos de la península entera eran marítimos y universales. La gran equivocación política de España durante estos últimos cuatro siglos ha sido la de su origen al tener una dirección política continental debido a la estructura interna de la nación y unos destinos históricos universales atlánticos y mediterráneos. Este divorcio entre los ideales nacionales y la dirección política es lo que ha hecho que nuestras grandes empresas ultramarinas hayan cristalizado en una forma peculiar de rígida dirección política centralizada y en un monopolio estatal de los negocios.

También esta divergencia entre la política continental y los destinos marítimos nacionales se ha notado extraordinariamente en la organización de nuestras fuerzas militares, especialmente de nuestro ejército. Lógicamente, dada nuestra situación periférica y extraeuropea, exceptuando la necesidad de una cobertura pirenaica, las misiones exteriores de nuestro ejército deben ser ultramarinas, es decir, que la constitución orgánica del mismo debiera ser la de ejército expedicionario. Tomando un paralelismo con el de otra nación, diremos que el Ejército español ha de serlo a la inglesa, reducido, muy bien preparado y armado, móvil, capaz de ser llevado por vía marítima a donde haga falta. En reali-

dad, ésta era la organización de los famosos Tercios, que siempre fueron embarcados a los lugares de la acción.

Más adelante, cuando la magnífica organización militar francesa, primero, y prusiana, después, deslumbró a los dirigentes políticos europeos, se transformó el Ejército español, a partir de Felipe V, en uno de tipo continental, organización que se ha perpetuado hasta nuestros días, y que como tal no está compenetrado con las necesidades estratégicas de la nación, habiéndose adaptado, por tanto, con mucha dificultad a las campañas coloniales que tuvimos que sostener en el siglo pasado, y en éste a las de Marruecos, hasta que se consiguió organizar un ejército norteafricano de este tipo expedicionario, que fué el que terminó victoriosamente la campaña. Claro es que en los últimos ciento cincuenta años, en los que hemos sufrido cruentas guerras civiles, es decir, que hemos jugado a ser un pequeño continente, la organización continental de nuestro ejército ha sido suficiente, pero en el momento que queramos entrar otra vez de lleno en la vida internacional, la organización del ejército tendrá que volver a tomar carácter expedicionario pues nuestra situación periférica y las necesidades estratégicas de la misma nos lo imponen.

Vemos, pues, que nuestra propia estructuración ha sido también una de las causas de nuestro aislamiento tradicional, el divorcio entre la dirección política continental y los destinos ultramarinos del pueblo español, la organización equivocadamente continental del ejército, la necesidad de contar con grandes fuerzas navales para que este ejército pueda actuar en el exterior, y la carencia de una política naval vigorosa apropiada a nuestra situación geográfica periférica, no sentida profundamente nunca por nuestros políticos de mentalidad continental, ha fomentado también nuestro paulatino aislamiento, concentrando nuestra vida en las rencillas interiores, que ordinariamente acababan en guerras civiles al faltarle objetivos nacionales exteriores.

Es, pues, muy complejo el problema de nuestro aislamiento internacional; no podemos hacer responsable del mismo a un sistema de gobierno determinado, y menos al actual. Los culpables somos, en primer lugar, nosotros mismos, al no conseguir que marchen unidas, o al menos paralelas, la dirección política y las directrices imperativas que nos marca una posición periférica privilegiada, extracuropea y atlántica. En

segundo lugar, podemos culpar también a la conducta hacia nosotros de los grandes pueblos europeos, interesados en nuestra neutralización y aislamiento internacional, con el fin de evitarse complicaciones en sus ambiciones continentales o coloniales. La resultante de estas dos fuerzas es nuestra soledad internacional, aislamiento que parece en los momentos actuales va a romperse de un momento a otro, es posible que para entrar en otra época histórica totalmente distinta a las anteriores.

ENRIQUE MANERA

Capitán de Fragata,
Profesor de la Escuela de Guerra Naval.

